

---

## EL NUEVO CZAR.

---

La política europea se enlaza en este instante supremo toda ella en torno de una personalidad, en torno del nuevo Czar de Rusia. Por virtud de tan grave suceso, la triple alianza de los imperios del Norte se ha hundido; la amistad entre Rusia é Inglaterra se ha estrechado; y al Oriente de Europa surgen nuevas y próximas esperanzas de Grecia, y al Occidente, remotas, pero seguras, esperanzas de Francia. Dos sucesos capitales, el uno en Asia y el otro en África, señalan cambios profundos en la política intercontinental. En el continente asiático abandona Inglaterra la ocupacion de Candahar y en el África austral hace Inglaterra la paz del Transvaal. Por el primero de estos actos el Gobierno inglés demuestra que renuncia de todo en todo á los ensueños imperiales, avivados al soplo de la política romántica de Disraeli; por el segundo de estos actos el gobierno

inglés demuestra que quiere vivir en paz con el imperio ruso, dejándole su obra de civilizar una parte del Asia, mientras él se impone á sí mismo el deber de civilizar la otra parte. Naturalmente, estas evoluciones de la política inglesa denotan una separacion de los intereses de Austria en Oriente, una separacion de los intereses de Alemania en Europa, y una inteligencia con Rusia, tanto para concluir con el Sultan de Constantinopla, como para rematar la emancipacion de los griegos y de los eslavos. Pero todos estos hechos gravitan en torno de la personalidad del nuevo Czar.

Alejandro III pertenece decididamente al partido que de antiguo se llama en su imperio el partido ortodoxo. Los ortodoxos han tenido tres hombres que descollaban sobre todos: Komekof, el dialéctico; Kireyesfki, el místico; Aksakof, el fanático. Komekoff era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria, prodigioso; en fantasía, poeta; en argumentacion, poderosísimo; en el debate, incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada, armado de silogismos y de invectivas, de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables; ya encastillado en la ciencia, ya espaciándose en el misticismo, y cuyo único propósito se reducía á demostrar en todas sus conversaciones que la razon humana

está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo órgano es la Iglesia griega, depositaria del espíritu divino y de la divina palabra. Kireyefski, con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos humanitarios un tiempo, horribles desventuras los habian lanzado al pié de los altares, donde padecian, se desesperaban, como náufragos sobre escollos desiertos, que han huido de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran como dos monjes: corrian á las iglesias, se arrodillaban al pié de las imágenes, absorbían su vista y su idea en la contemplacion, desvaneciéndose en plegarias perfumadas de misticismo, y cuando habian concluido los piadosos ejercicios y se miraban uno á otro con los ojos enrojecidos por cálidas lágrimas, decíanse con mutuos dichos: pronto se cumplirán nuestros únicos deseos; pronto llegaremos al descanso eterno de la muerte.

Aksakof representaba la accion. Su entusiasmo era tan grande, que creía encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta, y en la reaccion hácia los tiempos verdaderamente rusos, el único medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza.

Por el ódio que á todo lo occidental sentia iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos recogidos dentro de botas de campana, túnica abrochada á lo campesino, alto gorro de pieles, que le daba, como á Rousseau en sus postrimeras extravagancias, el aspecto de un armenio ó de un persa. Llevando á extremos tan pueriles su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serian sus odios á todo lo occidental. Pedro I, que habia recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilizacion y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veja en él sino al perturbador de la vida rusa; al asesino, como Felipe II, de su propio hijo; al verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona á sus víctimas; al plagiario de Occidente; al fundador de Petersburgo, la ciudad anti-moscovita, fastuosa córte de los tiranos alemanes. Y si este horror experimentaba hácia Pedro I, experimentábalo más intenso aún hácia Pedro III, hácia Catalina II, alemanes de nacimiento y origen, fundadores de la dinastía germánica que aún oprime á los rusos. La vida entera de Aksakof se compendia en la reivindicacion del espíritu nacional. Cuanto más estudiaba la historia, más crecia su fanatismo. La pasion le perturbaba. Su excesivo celo por la patria cegaba su clara inteligencia. Creia exclusivamente ruso el desarrollo de la vida popular, y era

una ilusion tal creencia. De todas suertes, esta escuela elevó la personalidad del Czar, capaz de volver, por contradicciones rusas, á los altares de los dioses.

Pero ¡ah! en éstas ha sucedido el horrible atentado. Con mayor compasion trata el carnicero á su res que el nihilista á su czar. El semidios ha muerto destrozado. Eso sí, despues de tal muerte se han celebrado unos funerales magníficos. No podia ningun alma viviente asomarse á las calles y á las ventanas para verlo; pero tenian mucho que ver. Y junto á los cosacos del Don, ligeros como los cuervos de sus matanzas, los árabes del Cáucaso, blancos cual las águilas de sus picachos; junto á las tropas regulares de tan correcta formacion, como los regimientos germánicos, las tribus irregulares, que parecen llegar por irrupciones violentas; los pajes con sus dalmáticas heráldicas, y los oficiales de la casa imperial llevando las insignias de la soberanía, y entre ellas una diadema de brillantes, por cuyo precio podria comprarse un reino; los grandes dignatarios del Estado, con sus cascos de plata, sobre los cuales tienden sus alas pájaros de oro, y los grandes dignatarios de la Iglesia, con sus capas pluviales recamadas de brocados, y sus relicarios bizantinos de ricos metales y deslumbradora pedrería; vistosa comitiva de arreos deslumbradores, seme-

jante á evocaciones fantásticas de edades históricas, que van á enterrar, no el cuerpo de un czar asesinado, sino el alma de una institucion destruida.

El nuevo Czar lleva por nombre de pila el mismo que su padre, y por número ordinal de este nombre el tercero. Segundogénito, ni él habia pensado en la púrpura, ni los suyos habian pensado á su vez que pudiera vestirla nunca. Su hermano mayor mostraba suma robustez, y se apercibía en su florida mocedad á preparar con bella y jóven princesa un enlace henchido de amorosas ilusiones y seguro de larga posteridad. ¡ Ah! El frio de Rusia rompe los pulmones más fuertes; traspassa los costillares más templados; extingue el fuego de la vida en los pechos más ardientes; y el Príncipe heredero, en vez de contraer un matrimonio con la mujer querida, contrajo una tisis que le llevó á la eternidad. En la hermosa Niza de los tísicos, á la luz del cielo meridional y á la vista del mar celeste, extinguióse la vida del primogénito, quien, al contemplar á su prometida y á su hermano llorando al pié del lecho, poseídos de verdadero dolor, les sonrió con dulce sonrisa, les entrelazó las manos con cariñosa efusion, les bendijo desde el dintel de la tumba, y envolvió en la última de sus ansias el primero de los votos elevados al cielo por la felicidad de la pare-

ja que el cielo destinaba en sus designios á ocupar bien pronto, y tras pavorosas catástrofes, el trono de las Rusias. Mirando á los dos hermanos se veian dos personificaciones: en el muerto, en el mayor, predominaba la complexion germánica; y en el sobreviviente, en el segundo, predominaba la complexion moscovita. ¿ Y cuántas veces las resoluciones mayores y más trascendentales de los omnipotentes se deben á su respectiva complexion?

Uno de los principales encargos dejados á sus herederos por Pedro el Grande fué que se enlazáran siempre con princesas germánicas, para tener por tal medio más cerca de sí la cultura alemana, única, en su sentir, capaz de civilizar la monstruosa nacion de los czares y de los siervos. Por tal encargo, su hija, la emperatriz Isabel, enlazó al heredero de su corona con célebre princesa de Anhalt, y casi todos los monarcas rusos desde entónces han hecho lo mismo: llevar de Alemania las destinadas á perpetuar la dinastía de Rusia. Con una princesa de Prusia estaba casado el padre de Alejandro II, y casado con una princesa de Hesse el padre de Alejandro III. Pero habia una diferencia notabilísima entre las dos princesas germánicas. La madre de Alejandro II creyó siempre, como era natural, destinado su primogénito al trono, y en virtud de esta creen-

cia le imbuyó ciertas ideas y ciertos sentimientos favorables á su raza y á su patria, mientras la madre de Alejandro III no creyó al segundo de sus hijos llamado á reinar, y no se cuidó, por consiguiente, de su educacion política todo cuanto debiera, dejándola, en su imprevisión, á segundas personas, las cuales concluyeron por darle un carácter puramente ruso y principios y afectos eslavos. Luégo la madre de Alejandro II tuvo un matrimonio felicísimo, en tanto que la madre de Alejandro III, una santa, enamorada con exaltación de Alejandro II, sufrió contrariedades, reveladas por la boda última del Czar, y dió á su manera de vivir tal tristeza, que la condujo hasta entristecer naturalmente el alma de sus hijos. Alejandro II amaba la patria de su madre, y no amaba la patria de su madre Alejandro III. Además, rendido amador éste de su esposa, la princesa Dagmar, debia naturalmente atender á sus ideas con profunda atención y seguir sus consejos con fiel obediencia; y su esposa pertenece á Dinamarca, la nación ofendida por las armas y desmembrada por el poder de la omnipotente Alemania.

A virtud de grandes conjunciones de la educación y de la naturaleza, es el nuevo Czar todo un eslavo. Léjos de tener la estatura colosal de los czares germánicos, tiene la estatura media de los

czares tártaros. Su cabellera un poco encrespada, sus hombros anchos, sus ojos vivos, su ademan resuelto, denotan el eslavo, á quien los fisiólogos suelen llamar árabe rubio. Y dejaría de pertenecer á la raza eslava si no sintiese irreconciliable enemistad con la raza germánica. Por tal afecto se ha guiado en todas sus acciones y por tal afecto ha dirigido y determinado toda su vida. Révelanse los pueblos más en sus leyendas poéticas que en su historia civil, y la leyenda poética de los eslavos se reduce á dos ideas capitalísimas: la conquista de Constantinopla y el castigo de Alemania. Quizás Alejandro II aparecerá en lo porvenir como el último emperador alemán de Rusia. Alejandro III, de haber tenido en sus manos la autoridad que hoy tiene cuando la guerra prusiana, se decide por Francia. En su odio á los alemanes, prohibía hasta hablar el alemán á la corte propia, y se negaba siempre á participar de las manifestaciones germánicas. Así, la bomba nihilista que ha inmolado la persona del Czar ruso ha herido la política del Canciller alemán. Entre los consejos de Pedro el Grande se halla uno maquiavélico, según el cual sus herederos deben alternativamente ayudar á Francia contra Alemania, y á Alemania contra Francia, para tenerlas débiles y sumisas á ambas. Nadie extrañará, pues, los angustiosos telegramas de la corte de Berlín á

la corte de Petersburgo en el trance último, y la palabra del emperador Guillermo al nuevo Czar: «Ya sabéis que contais siempre con fieles y leales vecinos.»

El nuevo Czar asistió en persona, rodeado de su estado mayor, á la guerra eslava por excelencia, que las profecías apocalípticas de los moscovitas habian con tanto empeño preparado, á la guerra llamada por nosotros última guerra de Oriente. Si abrierais un cricon de la Edad Media para investigar en su latín bárbaro las emociones de aquellos cruzados, á quienes la voz de los frailes exaltaban, impeliéndoles á dejar sus hogares y á vestir el sayal con la roja cruz al pecho, para encaminarse, sin saber por qué vías, con el instinto de las aves viajeras, hácia la santa Jerusalen, donde murió el Salvador, concebiriais la pasión que del eslavo se apodera en cuanto acierta de algun modo á oír en su estepa el nombre de la ciudad de Constantino, en cuyo seno triunfó el cristianismo y surgió el dogma; y la necesidad que siente de arrancar la media luna de Ostman y devolver la bizantina cruz de Justiniano á la basílica de las basílicas, á Santa Sofía, madre sacrosanta é inmortal de la Iglesia helénica. Esta idea impulsó al heredero del trono ruso á mover el ánimo de su padre para que entrara como libertador en el imperio musulman, con ries-

go de encender la guerra europea. A la luz de esta fe oyó el clamor revolucionario de los insurrectos bosniacos; sostuvo las declaraciones guerreras de los soberanos servios y montenegrinos; lanzó sus ejércitos á las orillas del Danubio, y sus escuadras á las aguas del mar Negro; congregó la confederacion militar en que entraban todas las naciones dispersas por la península de los Balkanes; atravesó las líneas de defensa que Turquía tiene, así en sus anchos rios como en sus elevadas cordilleras; trazó con sangre de los suyos la línea que se extiende desde Sistova hasta Andrinópolis; holló los pasos formidables, sobre los cuales todavía corre la sombra de Trajano; mantuvo el terrible sitio de Plewna, en que tantas veces su empuje llegó á quebrarse en la tenacidad de las tropas turcas; rindió Erzeroum y Kars, hasta disolver el imperio de los califas, erigir en reinos los antiguos principados danubianos, emancipar á Bulgaria, tender un puente por medio de la Besarabia y la Dobrouzka, desde la Moscovia triunfante á la Turquía rendida, dejar en pié el problema de Grecia, y despertar las ambiciones de Austria, con el fin de coronarse algun dia, como los héroes de Venecia ó como los cruzados de Francia, emperador de un nuevo imperio de Oriente, á las orillas paradisiacas del Bósforo, en la redimida y rebautizada Bizancio, dispuesta,

según sus providenciales vocaciones, á llevar el Evangelio y el nombre griego por los caminos de Alejandro hasta los centros del Asia.

Esta guerra despertó las primeras ideas políticas en la mente del Czar, y por virtud de esta guerra se moverá, creedlo, en su reinado. Las tenaces aspiraciones del partido ruso histórico se personificarán todas en él; esas tenaces aspiraciones, que tienden en el interior á devolver á Rusia su primitiva originalidad y á destruir las superposiciones alemanas, y en el exterior á tener una guerra con Alemania, principio de sus irrupciones hácia Occidente, y otra guerra con Turquía, por la cual puedan los czares ceñirse la diadema bizantina en la iglesia matriz de Constantinopla. Los pueblos, á manera de esas aves agoreras descritas en las geórgicas virgilianas, sienten adivinaciones súbitas de sus fines históricos; y al ascender el Czar á su trono, Alemania se ha conmovido de terror, y Grecia de esperanza. Y no hay sino ver que los griegos le abren el camino de nuevo á Constantinopla, mientras sus plazas fuertes de Armenia y sus guarniciones del Cáucaso le abren el Asia menor, y sus posiciones militares en el Turkestan y en la China, el Asia central. Ahora, en los primeros días, no podrá moverse Alejandro III, paralizado por la inmensidad de esta gran catástrofe y por los vapores de san-

gre y las sombras de terror en que su exaltación á la terrible autocracia se halla envuelta. Pero el tiempo lo borra todo, hasta la memoria del crimen, y la nueva política, detenida hoy en altas consideraciones de prudencia, concluirá por tomar el predominio que le corresponde y que le toca en el Estado ruso. No debe olvidarse cómo Alejandro III se encuentra con un partido formado por las tradiciones nacionales, y fuerte, así en la prensa como en las universidades, único capaz acaso de contrastar al nihilismo. El mal de su padre estuvo en que, para combatir esta horrible calamidad moscovita, se apoyaba en base tan frágil como el partido alemán, cada día más debilitado. Ya no hay que forjarse ilusiones. Cuando voló parte del palacio de Invierno dije que los nihilistas se reclutaban allá en las altas clases. La estadística, con sus demostraciones experimentales, ha venido á fortalecer la verdad de mis asertos. Las clases nobles han dado ochenta reos de atentados nihilistas en los últimos tiempos, mientras sólo han dado cinco las clases pobres. El nihilismo está mucho más cerca del palacio de los czares que del tugurio de los pueblos.